



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**



BICENTENARIO  
PERÚ 2021

# *Dos cuentos de Eduardo Lustonó*



Eduardo Lustonó

EDUARDO LUSTONÓ

DOS CUENTOS  
DE EDUARDO LUSTONÓ



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**

## **Eduardo Lustonó**

Nació en 1849, en Madrid, España. Fue dramaturgo satírico, escritor, humorista y periodista, cuyo seudónimo fue Albillo.

Entre sus obras figuran *Los neos en calzoncillos* (1868), *¡No más ciegos!: juguete lírico en un acto* (1868), *Belenes, escenas originales de la vida de un soltero: juguete original en tres actos, en verso* (1870), *El quitapesares* (1870), *Lo que vale un cura* (1870), *El libro azul: comedia en un acto y en prosa* (1871), *El estrangulado: drama en cinco actos y en prosa* (1888), *¡Santiago y... a ellas!: juguete cómico-lírico en un acto* (1888), *Sustos y enredos: zarzuela en tres actos, escrita sobre el pensamiento de una ópera cómica de Scribe* (1888), *La marquesa* (1893), *La Nati: comedia en cuatro actos* (1894), *Manzanos y guindos: juguete cómico en un acto y en prosa* (1894), entre otras.

Falleció el 28 de abril de 1906 en su ciudad natal.

*Dos cuentos de Eduardo Lustonó*

Eduardo Lustonó

Christopher Zeceovich Arriaga  
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste  
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente  
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos  
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos  
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez  
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante  
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García  
Concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

[www.munlima.gob.pe](http://www.munlima.gob.pe)

Lima, 2021

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells  
Alcalde de Lima

***DONATO Y VALENTINA***

—¿Quieres venirte conmigo?

—¿Adónde?

—A Valencia: mañana es el primer día de tirada en la albufera; anda, ámate, y echaremos ese paseo.

Titubeé un momento... pero T. me sacó de dudas diciéndome:

—Vamos, deja a Madrid por unos días y vente. ¿No te asfixia ya el aire del prado y de la fuente Castellana?

—¡Qué diablo!, tienes razón —le dije—; me voy contigo.

—Pues a las siete pasaré por tu casa y te recogeré en mi coche; a las siete y media sale el tren; que estés listo. Adiós, hasta mañana.

—Hasta mañana. ¡Ah! —le dije deteniéndole—; oye, ¿quiénes vamos?

—Vendrán Diego y Pepe, y allí nos esperan mi primo y el marqués.

—Chico, es cosa hecha; con que hasta las siete.

—Hasta las siete.



# I

Salíamos de Valencia a las ocho de la noche; una tartana nos esperaba a la puerta de la fonda de París, donde nos habíamos detenido a descansar algunas horas; dispuesto todo lo conveniente para el viaje, se acurrucaron primero los perros en el fondo de la tartana, entramos luego nosotros y colocamos las escopetas y los avíos de caza; los criados llevaban las mantas, los vinos y los comestibles en un canet que debía seguir a nuestros vehículos.

Emprendimos la partida.

El camino se pasó alegremente, saboreando cada cual un buen cigarro, murmurando de las cosas de la corte, y fantaseando pronósticos cazadores que debían realizarse al siguiente día. En los momentos de silencio, que por cierto eran bien pocos, se oía el suave murmullo del agua que riega la frondosa huerta de la vega; las blancas paredes de sus casas de campo se dibujaban a pesar de la oscuridad de la noche en el verde follaje, la campiña que a nuestro alrededor se descubría remedaba la perspectiva

de un mar tranquilo, en cuyo centro se levantaban oscuros grupos a manera de pequeños islotes, formados por bosques de sauces.

A medida que nos acercábamos, se iban dibujando ante nosotros el muelle y la calzada que forman una hilera de casitas, que se extiende al borde la laguna, y que la gente del país llama el Salé.

La albufera, con sus serenas aguas, se extendía delante de nosotros, y los cerros de la opuesta orilla se destacaban vagamente en el horizonte.

Llegábamos en el momento mismo en que iba a hacerse el sorteo de los puestos. Nos apeamos de la tartana y nos dirigimos todos a la caseta en que iba a llevarse a cabo la ceremonia: de todas las otras casas que forman el Salé salían grupos de cazadores, los cuales iban como nosotros a tomar número para la batida.

Aquella reunión de hombres armados en la oscuridad de la noche tenía algo de novelesco, de historia de encantamientos, o cuento de conspiradores. Los valencianos, la gente de la vega con sus zaragüelles, envueltos en las mantas, con el pañuelo a la cabeza a

manera de morisco turbante, sin dejar la compañía de su escopeta y pendientes todos de la voz del que leía a la luz de un farol el nombre del cazador y el número del puesto que debía ocupar en la batida, me recordaban las historias de los romances moriscos, de los conciliábulos de las Alpujarras y de los héroes de don Diego Hurtado de Mendoza.

Llegó el turno al tío Nelo, cazador del país, que tenía dos puestos, en los cuales debíamos tirar nosotros al día siguiente.

—No hemos tenido mala suerte —dijo al oír su número—. En el *Cap de la bana* han cargado este invierno mucho las *foches* (aves de la laguna) y tiraremos bastantes patos; vámonos, vámonos que tenemos que pasar el *Fang de forsa*, y es necesario embarcarse temprano.

—Vámonos, vámonos —repetimos todos con gran alegría, siguiendo al viejo, y entusiasmados con el pronóstico de la gran diversión que nos aguardaba.

Corrimos al Salé, donde mi amigo había hecho preparar una opípara cena, en la que no faltaba, por supuesto, el plato de anguilas con arroz, manjar obligado

de aquella tierra. Entraron en la casa mis compañeros de cacería; yo, que me había quedado un poco atrás, me acerqué un momento a la orilla para ver la laguna: sus aguas empezaban a mecerse agitadas por el viento fresco de la noche; se oía el melancólico cantar de los marineros que aprestaban las barcas de los cazadores; resonaba de cuando en cuando el ladrido de algún perro, y relucía en la playa la luz de la fogata a cuyo calor descansaban los que no habían encontrado albergue en las casas del Salé.

## II

Yo no soy poeta ni filósofo, pero mi alma no es insensible a ciertas impresiones: cruzaban por mi mente una multitud de pensamientos melancólicos; no era más feliz ni más desgraciado que de ordinario, pero la vista de aquel lago, de aquellas pardas y negruzcas cocinas, los grupos de caprichosas nubes que se dibujaban en el cielo, el canto de las barquillas habían transformado mi espíritu; no sé si un germen de honda tristeza o de vago amor se desarrollaba en mi alma, pero lo cierto era que yo había olvidado por completo el mundo, Madrid, a mis compañeros y la cena que me esperaba.

Distraído y absorto contemplando las bellezas de la naturaleza, me paseaba por entre las barcas destruidas que se estaban carenando en la playa, cuando un gemido doloroso vino a sacarme de mi arrobamiento; di un paso atrás, curioso por enterarme de dónde partía aquel ¡ay!, y me encontré con dos niños como de ocho a nueve años, medio desnudos, dormiditos bajo las tablas carcomidas de una lancha.

En un momento de brutal descuido había puesto yo el pie sobre uno de aquellos angelitos. Restregándose los ojos se levantaron, y asustados y despavoridos huían de mí, temiendo sin duda que les hiciese daño: a fuerza de palabras cariñosas pude conseguir que se detuviesen; no parecía sino que aquellos niños eran salvajes y que tenían horror a la gente.

—Ven acá, acércate, hombre —le dije al mayorcillo, el cual, con más valor que su compañera, se había detenido—. ¿A cuál he pisado?

—A esta —me contestó echando los brazos sobre el cuello de su compañera.

—Vamos, ven, ven.

La niña no se atrevía a acercárseme, y se llevaba la mano a la boca, señalándome el sitio en que yo le había causado el mal.

Me acerqué a ella, y cogiéndola en mis brazos le dije:

—¿Te duele mucho?

—No, ya se me va pasando —me contestó con una sonrisa dulce y triste, afligida y cariñosa, cuya expresión no he olvidado todavía.

A la luz de la luna, que había aparecido en el horizonte, pude contemplar el rostro delicado de aquella niña; sus cabellos caían formando lánguidos rizos; sobre su tersa frente tenía los ojos azules, las pestañas negras, y al sonreírse plegaba su rostro con singular expresión de ternura, descubriendo su boca una hilera de dientes blancos e iguales como un hilo de perlas.

Asombrada de mis caricias, me miraba, pugnando por desasirse de mí.

—¿Te duele aún la mano? —le volví a preguntar.

—Me pica mucho —me contestó.

En esto me llamaron mis amigos, la cena nos aguardaba y me volví a la casa, no sin dejarles unas cuantas monedas a los pobres chicos: la conversación, el vino y la alegría me hicieron olvidarlos luego, pues tal es la condición de la humana naturaleza. Hacía un instante que mil sentimientos de ternura brotaban en mi alma;

me había faltado poco para llorar por haber pisado la mano de un niño a quien no había visto hasta entonces, y a quien tal vez no volvería a ver en mi vida; media hora después, me hubiera reído incrédulo de las lágrimas de todas las mujeres de la tierra: yo no sé si es así el alma de los demás; pero en cuanto a mí, puedo asegurar que hay momentos en que me erigiría un altar, y hay otros en que me moriría de vergüenza, si una sola persona adivinase la mezquindad de mis sentimientos.

Si yo tuviese el valor de dejarme arrastrar de ciertos instintos, el mundo me llamaría tal vez tonto, pero yo tendría una gran idea de mí mismo; y si, por el contrario, fuese capaz de dominarlos por completo, sería un ente despreciable, pero conseguiría riquezas y honores. El arte de hacer fortuna se aprende pronto; la práctica cuesta a ciertas organizaciones mares de lágrimas...

Pero vámonos a cazar. El tío Nelo nos está llamando, el *barquet* nos espera en el muelle, y los perros saltan de alegría; la luna, que se va ocultando tras las colinas de la orilla opuesta, riela sus expirantes rayos en las aguas de la laguna, desplegando sus velas a la brisa de la mañana; las lanchas de los cazadores se van perdiendo



en la bruma del lago; una tinta de carmín que colorea el oriente anuncia la salida del sol, que despierta a las aves. Ya resuenan los tiros de los cazadores; mis compañeros se han ido quedando en sus puestos; pero yo he preferido seguir en la lancha con el tío Nelo, porque así puedo estar en todas partes.

Las negras *foches* y los pintados patos vienen a posarse cerca de la engañadora embotata (palos de madera que colocan en el agua próximamente al sitio en que se ocultan los cazadores y sirven de reclamo), donde la muerte les espera; los perros, saltando de las lanchas, nadan ufanos detrás de la pieza herida, y el sol, remontándose en el cielo, ilumina y corona con su disco de fuego aquel espectáculo precioso.

### III

La cacería ha concluido, y las barcas, semejantes al ejército que vuelve vencedor, se adelantan gallarda y pausadamente hacia el muelle de donde salieron. No se oye más que algún que otro tiro, con que concluye la batida.

En el Salé nos esperaba el carruaje que había de traernos a Valencia; los jornaleros que habitan en aquellas casuchas aguardan en el muelle la vuelta de los cazadores.

Atracó nuestra barca al fin a los palos que forman el desembarcadero, y al saltar en tierra me encontré con mis víctimas de la noche anterior que me esperaban en el muelle. Los dos niños, cogidos de la mano, estaban parados ante una vieja de pobre aspecto, vestida al uso del país.

Al verle el tío Nelo, le gritó desde la barca:

—*¿Está bona la chiqueta?*

La vieja le contestó con un gesto que no supe adivinar si era de indignación o de indiferencia; la *chiqueta*, como la llamaba el tío Nelo, y que era la misma niña que yo había visto la noche antes, le dirigió una mirada cariñosa, con aquella dulce expresión que yo ya conocía.

El tío Nelo le dijo entonces:

—*Estos caballers te farán un regalet.*

La niña, al reconocirme, le hizo una seña a la vieja, y ambas fijaron sus ojos en mí. Cuando estuve en tierra me acerqué a ellas, y le pregunté si se le había pasado el dolor causado por mi torpeza.

—¿Quién se acuerda de eso? —me replicó cariñosamente la niña.

—¿Es usted su madre o su abuela? —le dije a la vieja; y esta me contestó con un movimiento negativo de cabeza, aunque casi imperceptible.

—¡Ya se ve que sí! —dijo la niña dándole muchos besos en la mano que le tenía asida—; es mi madre, mi madrecita de mi alma.

Si de noche había encontrado bella aquella niña, me pareció un ángel al contemplarla a la luz del día. Sus cabellos rubios, sus negras pestañas, sus ojos azules, sus dientecitos de alabastro resaltaban sobre el color más lindo que jamás tuvo rostro humano: su cutis era extraordinariamente blanco, y sus mejillas estaban doradas por los rayos del sol, como las manzanas en verano; sus contornos eran suaves y delicados, como los contornos de los ángeles de Juan de Juanes: cogida la mano del otro niño, su compañero, formaban tan lindo cuadro, que hubiera podido retratarse como tipo emblemático de la inocencia señalando el camino del cielo.

—Bésale la mano a este caballero —le dijo la vieja—; es tu bienhechor: y dale las gracias por lo que te ha dado anoche.

Me ruboricé al escucharla; pero yo soy pobre, y la cantidad de la limosna que da un pobre, solo puede medirla el corazón.

Llamé a mis amigos, que estaban ayudando a los criados a desembarcar las aves de la caza, y cada uno echó unas cuantas monedas en las manos de la vieja, quedándose todos admirados de la belleza de la niña...

Nos subimos al coche... yo después he pensado muchas veces en la niña de la albufera; la manera con que la tía Quica me había dicho que no era hija suya envolvía algo de misterioso; luego aquella hermosura, aquella distinción, aquella interesante mirada, me parecía que pugnaban por desasirse de los harapos en que la niña estaba envuelta.

## IV

Dos años después volví a Valencia: cómo ni para qué a nadie le importa; pero estando en Valencia, ¿cómo no ir un día a la albufera?, ¿cómo no disfrutar de la vista de aquel paisaje tan bello? Llegué una mañana de primavera; una de esas mañanas serenas, tranquilas, diáfanas, en las que el sol reverbera en el cielo, sin que una sola nube rompa sus dorados rayos; los trabajadores cultivaban sus arrozales, los marineros colgaban las redes de la pesca, los habitantes de la laguna extendían tranquilos sus alas sobre la verde agua ajenos a todo temor y sobresalto; la naturaleza reposaba en un día de verdadero júbilo.

Los moradores del Salé habían salido a sus faenas ordinarias; los viejos y los chicos tomaban el sol en las puertas de sus casas.

Después de dar un ligero paseo, me encontré con la tía Quica y el tío Nelo, pero los niños no estaban por allí. La tía Quica machacaba con un palo un poco de arroz seco. El tío Nelo remendaba la vela agujereada de un barquichuelo.

—¿Y los chicos? —les dije en el momento que los vi.

Por el arrugado rostro de la tía Quica corrió una gruesa lágrima; el tío Nelo levantó las manos al cielo.

—¿Han muerto? —les pregunté con gran ansiedad.

—Venga usted conmigo —me dijo solemnemente levantándose la vieja.

Atravesamos el camino que va desde Valencia al Salé, y nos internamos en el bajo muelle que se extiende a un lado de la laguna; allí, en una pequeña explanada de blanca arena, bajo la copa y al pie del tronco de un grueso pino, había hundidas en el suelo dos piedras toscas, tales como la naturaleza las produce; en su superficie la mano del tío Nelo había escrito con la punta de una navaja, en rudos caracteres, estas dos palabras:

Donato-Valentina.

Un bosquecillo de lentisco rodeaba el sepulcro de los niños: el lirio y la amapola crecían a su alrededor sobre la verde yerba, y los pájaros cantaban cual si entonasen el *oficio* de gloria por el alma de los niños.

La tía Quica y yo nos quedamos un momento en silencio contemplando aquellas piedras; la vieja echó al fin a llorar, y me dijo:

—En la tierra no tenían sitio; el Señor se los ha llevado al cielo.

—Pero ¿quiénes son estos niños? —le pregunté.

—Donato era hijo del tío Nelo —me contestó la vieja—. Jamás hemos podido saber nada de la familia de Valentina: una noche de horrible tormenta entró un escapado en la caseta del tío Nelo y le dijo: «Buen hombre, ¿conoces alguna mujer honrada que pueda criar esta chica?». Al pronunciar aquello, dejó caer una bolsa de oro en la cama del tío Nelo. ¡Maldita codicia! Sin aquel dinero, no lloraría yo ahora, y probablemente viviría el pobre Donato.

—Pero ¿ese hombre?

—No lo hemos vuelto a ver nunca. Mientras duró el dinero todo iba bien; pero luego, los años han ido cada vez peores: el tío Nelo apenas ganaba para vivir, mi niña era tan delicadita, ni aun quería dormir en la caseta



porque en invierno no podía resistir el humo del fuego y en verano el calor le sofocaba. Vivía en la orilla del agua: Donato no se apartaba de ella un momento; tenía algo de sobrenatural: no parecía sino que era a un mismo tiempo niña y ave, criatura humana y ángel; nos reñía a todos; y lo peor es que la obedecíamos como si fuese nuestra ama. ¡Ah! Su madre debió ser una gran señora. ¿Si vivirá? ¡Qué infamia! Con el dinero que usted le dio antaño, le compró en Valencia el tío Nelo un pañuelo de colores y unos zapatos; ¡si la hubiera usted visto aquel día!, parecía una señora.

—¡Pobrecilla! —exclamé.

—Luego —continuó la tía Quica— vino el invierno, las noches eran muy largas, llovía tanto, se iba poniendo tan delgadita, tosía, y, por último, murió... Donato apenas la sobrevivió ocho días.

—Pero ¡sin verla un médico! —le dije—. Sin...

—Los hombres de campo no tienen médicos —dijo la vieja—; pero ella debió tenerlo, porque había nacido para habitar en un palacio. ¡Tenía un alma! Y si alguien merecía... en el mundo nadie es lo que debe ser; si no,

mi Valentina y el pobre Donato no hubieran muerto así; pero no hay justicia más que en el cielo.

La tía Quica tenía razón; por eso son mil veces felices los que mueren a la edad que murieron Donato y Valentina.

# ***EL CRISTO DEL MILAGRO***

# I

Si hubieran ustedes preguntado a los vecinos de los pueblos de aquella comarca, habrían oído lo siguiente:

«Nadie sabe cómo vino a este sitio, pero se cree que apareció milagrosamente».

Sin embargo, personas interesadas, si tal puede decirse, contaban otra historia.

Según los primeros, aquel Cristo, tan viejo, y recientemente restaurado por orden y a costa del alcalde, previo un guante entre los devotos, era mucho más primitivo que los primitivos tiempos de España.

—En la época de los abuelos de los abuelos de los romanos —decía el padre cura del lugar inmediato, sin saber lo que se decía—, ya estaba ahí esa imagen.

Y como el maestro de escuela del pueblo se atreviese a objetar humildemente que antes de la época romana y de la fundación de Roma no había venido al mundo

Jesucristo, el párroco estuvo tentado de excomulgarle por contaminado con el virus moderno.

Durante las persecuciones de los cristianos por los emperadores, el Cristo estuvo oculto; uno de los infelices que consiguieron escapar de la muerte lo trajo de Roma.

Esta era una versión, además de la del señor cura mencionado.

Pero la verdad, según opinión de un testigo ocular, que negaba el milagroso origen, era que aquella imagen había sido tallada y regalada a la iglesia del pueblo por un escultor hijo del lugar y que, de regreso de América a mediados del siglo XVIII, quiso manifestar su gratitud, por haber realizado una fortuna, a la iglesia donde fuera bautizado.

Vivían los descendientes del escultor, y conservaban parte del capital, a pesar de los desastres sufridos en tiempo de la invasión francesa y de que uno de los descendientes del rico artista había derrochado algunos miles de duros viajando, también en América, en busca de otra fortuna, como la que reunió su antecesor.

Hablar del Cristo del milagro en el pueblo, en cuya iglesia estaba guardado, era lo mismo que hablar de todos los vecinos, que le cuidaban y le custodiaban, no solamente por su representación divina, sí que además porque le consideraban como padre y fundador del pueblo y convecino de todos.

En tiempo de guerra civil o de cualquiera clase de revueltas, se redoblaba la vigilancia de la iglesia.

Sacar el Cristo en rogativa y romper las nubes a llover agua sobre la comarca, era todo uno.

Sacar el Cristo para que cesaran las lluvias y aparezca el sol, era lo mismo.

Cuando le sacaron una vez para que el gobierno aliviara de contribuciones al pueblo, recibieron la noticia de que les habían aumentado el cupo.

—En materias políticas no tiene jurisdicción —observó el alcalde.

—O no la usa —replicó el cura.

—Es lo mismo.

Las muchachas casaderas acudían a pedir al Cristo del milagro que practicase uno, presentándolas novio en buenas condiciones matrimoniales.

Los enfermos iban de continuo a pedir alivio, o se encomendaban al Cristo desde el lecho del dolor, cuando no podían salir a la calle para visitar el templo.

Las viudas lloraban ante la sagrada imagen durante algunos días: después ya no la veían si no a la hora de la misa, lo mismo que al cura.

Las madres que habían perdido algún hijo no faltaban un día en la iglesia: decían que allí, en derredor del santo Cristo, veían a sus perdidos angelitos.

¡Cosas de madres!

Ello era que, milagrosa o naturalmente aparecida la imagen, obraba grandes prodigios, al decir de los lugareños, y que, en cuestión de enfermedades, por ejemplo, entre el médico de los tres pueblecillos allí próximos y el Cristo, no cabía duda; el que curaba a los

enfermos era el Cristo; y el que mataba a los demás, el médico.

Son achaques de la carrera.

¡Cómo le engalanaban en el día de la fiesta que le dedicaba el vecindario!

(Al Cristo, por supuesto, que no al médico).

La alcaldesa prestaba sus mejores alhajas para que se las colgasen al Cristo, y aunque en otro tiempo lo hacían así aquellos cariñosos y agradecidos vecinos, en tiempo moderno han suprimido la gala con uniforme que vestían a la imagen.

—Es un escándalo —me decía el maestro de escuela y no sé si por emulación— lo que he presenciado yo en los primeros años de mi estancia en este pueblo de cafres.

—Me parece —le dije— que los trata usted con mucha franqueza.

—¡Pues no le pusieron al santo Cristo un zagalejo de la alcaldesa y un pañuelo de Manila y unos pendientes



de la boticaria! Hoy no se hace esto; se le rodea de ramos de flores.

Las flores simbolizan mejor la religión y la fe que los zagalejos, siquiera sean de alcaldesa.

## II

La familia heredera del autor de la imagen se componía de padre y dos hijos, uno de estos hembra y otro varón.

Era ella más hermosa que «la sonrisa de un ángel», como decía el maestro de escuela en unos versos que *la sacó* en día de su santo.

Muestra cariñosa que le valió cinco duros de regalo en metálico que le hizo el padre del ángel.

Contaba escasamente diecinueve años Rosita, y más de diecinueve cientos de pretendientes la habían importunado con sus amoríos; pero el tío Cosme era una fiera vestida de corto.

Preguntarle por su hija, en vez de halagar su cariño, era lo mismo que sacudirle un puntapié en el reverso de la figura.

Entiéndase si el preguntón o interesado en la salud de la chica era animal macho.

—Bastante te importará a ti —solía responder a los mozos con quienes tenía franqueza.

En una ocasión cayó enferma Rosita y el médico se vio muy apurado para tomarla el pulso, porque el padre no consentía que la tocara.

—*Velay usted* —decía—, si los médicos no pudieran serlo hasta llegar a ser viejos, no se darían estos casos de inmoralidad. ¿Qué ley ni qué razón pueden obligarme a mí a que tolere que usted manosee a la chica?

Por fin cedió ante el temor de que su Rosa se desgraciase, y cuando logró verla buena y sana, le dijo al médico:

—Mire usted, yo conozco que soy algo raro, pero usted no se incomode, porque no tengo malos pensamientos.

—Ya lo sé —replicó el médico.

—Ahí tiene usted dos onzas peluconas por la cura, y en paz.

—Aquí sobra dinero, hombre...

—Nada, dos onzas y tan amigos; cuando yo se las doy, guárdeselas y abur. No es porque yo crea que usted lo ha hecho todo.

—La naturaleza ayuda.

—¡La naturaleza!, ¡la naturaleza! ¡Qué manera de pensar tienen estas gentes de letras! Todo se lo *echan* a la naturaleza y no dejan nada para Dios.

—Hombre, Dios sobre todo.

—Y el Cristo del milagro. Ese, ese ha sido el verdadero doctor. Ustedes entran a ciegas en la habitación del enfermo; le pulsan, le miran la lengua, le tocan el testuz, y en seguida recetan lo que les parece: si aciertan, bueno, y si no, también. Con decir que la enfermedad venía derecha, y extender la cédula de empadronamiento para el cementerio, se acabó.

La teoría del tío Cosme era la que profesa la mayoría del vulgo. El tío Cosme era un hombre que nada tenía de tonto, pero sí de malicioso. Rosita era una hermosura de primer orden y un ángel por su carácter y sentimientos. En cambio, Ramoncito, el hermano de Rosa, joven de veintidós años, había nacido para dar disgustos a

su padre. El primero se lo dio al nacer, puesto que su nacimiento costó la vida a su madre.

Convencido de que somos mortales y de que a lo mejor de la vida *se viene la muerte tan callando*, como decía Jorge Manrique, aun cuando él no había leído a ningún poeta, rechazaba cuantos oficios y carreras le proponía su padre.

—Usted es rico —decía—, ¿para qué quiere que yo me sacrifique y sirva a nadie?

—Yo no quiero que sirvas a alguien, pero sí que sirvas para alguna cosa. ¿Te parece justo pasar la vida hecho un vago y sin aprender siquiera dónde tienes tu mano derecha?

—Lo que es eso... diga usted que llegue una ocasión en que pueda probar dónde tengo mi mano derecha, y ya verá usted.

El tiempo pasó y el mozo, libre del servicio de las armas, mediante el pago de la cantidad exigida por la ley, permaneció en el pueblo sin ocuparse siquiera de la labranza en los terrenos de su padre.

### III

Qué pasó ni cómo Rosa pudo llegar a enamorarse del médico del lugar, no pudo saberse. Pero es verdad que estas cosas no las saben más que los interesados y, cuando son prudentes y no las comunican, no hay medio de saberlas por más que se adivine o se presuma.

El principio del amor es siempre lo mismo, aunque varíe en causas y accidentes.

Tal vez agradecida Rosita por la curación de su enfermedad primera, fijó sus ojos en el médico. Este no se sabe por qué los fijaría; pero es de suponer que porque le gustó la chica.

El resultado fue unos amores que no sospecharon ni el tío Cosme ni Ramón.

Bien decía aquel: «Inconvenientes de ser jóvenes los médicos».

Pero, como los médicos ni sus novias tienen privilegio para no perder la salud, siquiera sea accidentalmente, y

aun para morir son iguales a los profanos, Rosita cayó enferma por segunda vez.

Inútil será pintar la diligencia con que D. Ricardo, el médico, acudiría al mal. La enfermedad tomaba un carácter alarmante. Aquellos labios de púrpura estaban cárdenos. Aquellos ojos negros en los que se adivinaba un fondo insondable de pasión y un foco de luz celestial, velados por los párpados, parecía como que se despedían de la vida.

—Si yo consiguiera llevarla a ver nuestro Cristo; ese santo Señor patrono del pueblo y particularmente de nuestra familia...

Este ligero egoísmo del tío Cosme podía disculparse, aparte de la impiedad manifiesta, porque de ordinario no sabía lo que hablaba, pero mucho menos en aquellos momentos.

Salió precipitadamente de su casa y se dirigió a la del cura, a pesar de ser su enemigo electoral.

Esta es una clase de enemigos irreconciliables en las localidades pequeñas.

—Vengo a proponerle a usted una cosa.

—¿Una transacción? —preguntó el cura satisfecho.

—No, y sí.

—Sepamos.

—Mi hija está muy malita.

—Ya lo sé. ¿Necesita usted mi auxilio? Voy corriendo; no quita lo cortés...

—A lo impertinente —interrumpió con ira el pobre padre al oír semejante suposición.

—¿Eh?

—Lo que yo quiero es que me autorice usted para llevar el santo Cristo a mi casa.

El cura le miró con asombro.

—Doy mil reales para el culto.

—Ni aunque diera usted un millón: lo que me propone es una profanación completa.



—No lo sé, pero...

—Yo no lo consentiré jamás.

—En secreto, sin que nadie se entere...

—He dicho que no y basta.

Los esfuerzos del tío Cosme fueron inútiles.

El cura no accedió a la pretensión del padre de Rosa, que salió gritando:

—Pues bien, si mi hija se muere...

—¿Qué?

—Yo sé lo que he de hacer.

Para un padre no hay obstáculos ante el peligro de sus hijos. El plan fue tan rápidamente concebido como ejecutado. Llegó la noche. El tío Cosme, no queriendo fiar de nadie la ejecución de su proyecto, se dirigió solo en dirección a la iglesia.

Se detuvo e inspeccionó con una mirada los alrededores. Luego dio dos golpecitos en la puerta, y esta se abrió.

—¡Silencio! —dijo una voz de mujer—, si nos oyeran ¿qué sería de nosotros?

Era la mujer del sacristán, más dulce y maleable que el cura. Ella se encargó de cobrar los mil reales, no precisamente para el culto, pero sí para ella, que tan relacionada estaba con las cosas de él.

El tío Cosme entró y la puerta se cerró tras sí.

En aquel momento llegó hasta la puerta de la iglesia un hombre envuelto en una capa.

—¡Esto es inconcebible!, ¡son ladrones!, ladrones... y... Ahora veremos si sé dónde tengo la mano derecha, ya que lo duda mi padre.

Los minutos transcurrieron y la puerta de la iglesia volvió a abrirse, oscura por dentro como la boca de un monstruo.

Un bulto salió.

El hombre que esperaba se lanzó sobre él cuchillo en mano, y descargó un golpe.

—¡Detente! —gritó el que salía.

Pero entre uno y otro hombre cayó... tal vez un tercero.

Afortunadamente, el que salía, que era el tío Cosme, como queda dicho, reconoció la voz del otro.

—Ramón, hijo —murmuró—, soy yo, cállate y ayúdame a levantarlo. ¡Ah!, ¡qué profanación!, ¡qué sacrilegio!... Pero tú me perdonarás, ¿no es verdad, Señor?, siquiera en gracia del cariño paternal que me impulsaba. Si ella muere, ¿qué será de mí?

Ramón, que durante algunos segundos había permanecido inmóvil, dominado por el espanto, creyendo malherido a su padre, se aproximó, al fin, con vacilante paso.

—¡Perdón, padre mío! —balbuceó.

—No, no, hijo, no hay de qué perdonarte; tú has cumplido como bueno, pero... vamos, no perdamos tiempo.

—¿Qué significa...?

—Ramón, tu hermana se muere, si no la salva esta santa imagen; la he pedido al cura, le he suplicado con lágrimas en los ojos que me concediese este beneficio, y nada he conseguido. Afortunadamente la sacristana es menos escrupulosa. Vamos, ayúdame, hijo.

Entre ambos levantaron cuidadosamente la santa imagen, que no había sufrido desperfecto en la caída.

Pero el puñal de Ramón se veía clavado en el pecho del santo Cristo.

—¡Dios mío!

—¡Horror!

Gritaron casi a un tiempo el padre y el hijo al hallar el acero clavado en la imagen.

—¡Rosa! ¡Rosa mía! —murmuró el tío Cosme dominado por una exaltación repentina—, mi hija se muere: Dios castigará en mí el sacrílego crimen de mi hijo.

#### IV

Pero Dios tuvo piedad de Rosa, que recobró la salud, merced a la visita de la divina imagen y a los esfuerzos de la ciencia.

¡Pobre doctor! ¡Cuánto estudió, cuánto sufrió y cuánto creció su amor por la enferma!

Pero no daba con una ingrata el médico, que Rosita, que entregaba voluntariamente su salud y su vida en manos del joven, también le entregaba su corazón.

Cuando pasaron los días de peligro inminente, cuando despejada y tranquila pudo la enamorada doncella darse cuenta del mal pasado, el doctor respiró.

—¡Cuánto te debo! —decía la hermosa niña, cuando estaba sola con el doctor y una buena mujer criada del tío Cosme y tan antigua como su amo en la casa.

—¡Cuánto le debo a usted! —repetía cuando se hallaba presente su padre.

—¡A él!, ¡a él! ¿Y al santo Cristo, nada?

—¡Padre!

—A él le debes la vida y yo también: él me libró de morir de una puñalada la noche que le traje a esta casa. ¡Milagro, milagro patente!, sabe que le amo, que uno de mis antepasados le dio forma y...

—¡Padre...!

—Ya sé que estoy diciendo herejías y disparates, pero el contento de verte buena me trastorna.

Nadie se enteró en el pueblo de la visita del Cristo a la casa del tío Cosme.

Este, antes del amanecer, lo volvió a conducir al templo.

Solamente se observó que la santa imagen tenía en el costado izquierdo una señal que parecía la cicatriz de una herida.

De ella, no se supo cómo, empezó a manar sangre, y este milagro se repetía cada año en el día de la fiesta dedicada al Cristo del milagro.

## V

Rosita y el médico declararon cierto día al tío Cosme sus atrevidos pensamientos.

No creían ambos que tan a gusto accediera el buen hombre a sus pretensiones matrimoniales.

Pero el tío Cosme respondió:

—Es buen mozo, te quiere mucho, y ha trabajado el *pobrecito* lo mismo que un negro por salvarte la vida. Si no lo ha conseguido hasta que yo traje el santo Cristo, eso es otra cosa. ¿Pero qué tiene que ver el pobre con un médico como nuestro Señor? La intención ha sido buena. Más me gusta para marido que para médico. Ahí verás lo que yo decía: «Esos son los inconvenientes de los médicos jóvenes».

Y los chicos se casaron.

En cuanto a Ramón...

Al año justo de haber sorprendido a su padre al salir de la iglesia con el Cristo, su cadáver, con un puñal clavado en el costado izquierdo, fue hallado en un barbecho próximo al pueblo.





“ Solamente se observó que la santa imagen tenía en el costado izquierdo una señal que parecía la cicatriz de una herida. De ella, no se supo cómo, empezó a manar sangre, y este milagro se repetía cada año en el día de la fiesta dedicada al Cristo del milagro...

Colección  
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA